

El club del crimen

WELDON KEES

Traducción de Ezequiel Zaldenweg

Vaso Roto. Madrid, 2016. 160 pp., 18€

Los caprichos de la fama han jugado con el nombre de Weldon Kees (Beatrice, 1914 -S. Francisco, 1955). Pianista de jazz, pintor, cineasta, novelista, dramaturgo, crítico de literatura y poeta, Kees consigue cierto prestigio. Su primer libro de versos, *El último hombre* (1943), es celebrado por el exigente Harold Bloom. Aún se desconocen las circunstancias de los días finales del autor. Deja muy pocas huellas cuando desaparece en las cercanías del puente Golden Gate. Sólo encuentran su coche con las llaves puestas. Empiezan las conjeturas. ¿Suicidio? ¿Huida a México? Al misterio le sigue el olvido literario durante décadas. Actualmente se menciona a Weldon Kees al lado de Elisabeth Bishop y de un grupo selecto de poetas norteamericanos del siglo XX.

Entre paisajes de escarcha, encontramos a una chica que sueña con ciudades quemadas; con un muchacho ciego que repite un nombre; con relojes muertos. Los tejidos de la mente figuran “como espinas de aire en un cubo de hielo”. Kees menciona alaridos, tijeras, mapas erróneos, la tersura de un muro.

La sección “Poemas 1947-1954” confirma el universo del poeta. También su hondura cuando mira un objeto: una hamaca de ratán, un postigo y una alfombra lo hacen meditar sobre la condición humana. Sobresale “Facetas de Robinson”, semblanza fría del individuo moderno. Detrás de las apariencias, “todo cubre / su triste corazón de siempre, marchito como hoja en el invierno”. Se incluyen siete composiciones hasta ahora inéditas. Su calidad literaria no desmerece del conjunto.

Los poemas de *El club del crimen*, en versión bilingüe, fluyen con naturalidad en español. Es mérito del traductor, Ezequiel Zaldenweg. La antología da a conocer en nuestro país a un poeta notable que estuvo injustamente olvidado. **FRANCISCO JAVIER IRAZOKI**

la figura de un Cristo dudosamente divino.

Al leer la selección de textos del primer libro sabemos que no habrá salida, ventana, consuelo. Pronto desconfiamos. Kees asegura que ve indicios de la muerte en los ojos de su hija. No nos ahorra detalles de su angustia. Y termina con dos versos desconcertantes: “Estas disquisiciones se agrían bajo el sol. /No tengo hija. Ni deseo tenerla”. Observa la nieve, el pasto, unos viandantes en calles derruidas, y dedica una página emocionante a la muerte de un loro fatalista. En 1947 se edita su segundo poemario, *La caída de los magos*. El escritor persiste en su sobriedad y tono pesimista. Percibimos su simpatía por ciudadanos de oficios modestos. No lejos de las alfombras de los palacios, existe una vereda por donde pasan unos seres mutilados.



ARCHIVO

Entre paisajes de escarcha, encontramos a una chica que sueña con ciudades quemadas; con un muchacho ciego que repite un nombre; con relojes muertos. Los tejidos de la mente figuran “como espinas de aire en un cubo de hielo”. Kees menciona alaridos, tijeras, mapas erróneos, la tersura de un muro.

La sección “Poemas 1947-1954” confirma el universo del poeta. También su hondura cuando mira un objeto: una hamaca de ratán, un postigo y una alfombra lo hacen meditar sobre la condición humana. Sobresale “Facetas de Robinson”, semblanza fría del individuo moderno. Detrás de las apariencias, “todo cubre / su triste corazón de siempre, marchito como hoja en el invierno”. Se incluyen siete composiciones hasta ahora inéditas. Su calidad literaria no desmerece del conjunto.

Los poemas de *El club del crimen*, en versión bilingüe, fluyen con naturalidad en español. Es mérito del traductor, Ezequiel Zaldenweg. La antología da a conocer en nuestro país a un poeta notable que estuvo injustamente olvidado. **FRANCISCO JAVIER IRAZOKI**

En www.elcultural.es puede leer algunos poemas de Weldon Kees

OTRAS VOCES

■ La muerte, como de un rayo, de **Eduardo García** (1965-2016) fue algo más que una conmoción. Desveló hasta qué punto íbamos a echar de menos a un poeta verdadero, autor de versos que, “entre el sueño y la conciencia, y con buen sentido del ritmo” (*Tua Blesa dixit*) “iban ofreciendo sorpresas en sus imágenes sin por ello presentar dificultades de lectura”. Ahora, a modo de homenaje, Vandalia publica *La lluvia en el desierto. Poesía completa (1995-2016)*, con prólogo de A. Neuman y epílogo de Vicente Luis Mora. Una gran ocasión para emocionarse con versos como “Si todo ha de acabar, muere muy fuerte/cada hora que le robas a la muerte”.

■ 2017 está viendo explotar como figura poética, tras más de 20 años de publicaciones y versos, a **Karmelo C. Iribarren** (San Sebastián, 1959), convertido en leyenda por bastantes colegas, y muchos de los que Rivero Taravilla denomina subprosistas (Marwan, Rozaden...). Tras la edición de *Pequeños incidentes* (Visor), hace unos meses, ahora ve la luz *El amor ese viejo neón*, una antología de sus mejores aforismos y poemas de amor.

■ Oculto por la fama de excelente prosista que también fue, el **Kipling** poeta lucha aún por obtener reconocimiento, o siquiera lectores, más allá del celeberrimo “If”. Esta edición de sus *Poemas* (Visor), con un prólogo de T. S. Eliot de 1941, intenta combatir ese olvido pertrechado con versos encendidos (“La guardia irlandesa”) entre los que también destacan los dolientes “Epitafios de la guerra 1914-1918”. **E. C.**